

# EL GAVIOTA

Por  
Pierre CHILI

Reproducción del Libro  
"Mar y Tierra Nuestra"  
(Premiado en el Concurso de  
"La Nación" 1920). \*



---

(\*) La meritoria escritora señora Maria Luisa Fernández de García-Huidobro, distinguió a este cuento confiriéndole el primer lugar entre novecientos concursantes. La señora García-Huidobro formaba parte del jurado del concurso.



**N**ÑOS opulentos que os ofendéis si os roza vuestros elegantes vestidos un andrajoso niño del pueblo; y vosotros, desamparados y traviesos rapazuelos, sangre, nervio y empuje de mañana, escuchad esta historia. Es para todos vosotros, humildes y opulentos. El Gaviota es vuestro común hermano y vuestra raza. Bajo la siguiente inscripción el querido niño duerme:

Fue alegre y fue sencillo,  
fue un pilluelo,  
y amigos del pequeño Gaviotita  
siempre fueron  
"los buenos, los más buenos  
y las flores y los pájaros del cielo.

Un destacamento de marineía partió al interior con la misión de operar un cierto reconocimiento en tierra. Al abandonar el pueblo, numerosos muchachos curiosos, atraídos por aquel despliegue de guerra, acompañaron hasta muy lejos a los marineros.

Unos primero, otros más tarde, a medida que la distancia al pueblo aumenta-

ba. fueron los pilluelos regresando a sus casas, hasta continuar finalmente con el destacamento uno sólo de ellos, el más pequeño, un diablito de unos diez años de edad, el más incansable y el más entusiasta entre todos sus compañeros. Descalzo, indiferente a los guijarros del camino, a la carrera recorría las filas dando marciales voces de mando y colocándose en seguida a la cabeza de "sus tropas" que le sonreían contagiadas con el infantil alborozo del liviano rapazuelo.

La tropa hizo alto para descansar.

—Ya es muy tarde... Regresa a tu casa... le dijo el oficial.

—¿No podría continuar con Uds., señor?... respondió suplicante el niño.

—No puedes... Vamos muy lejos.

La cara del niño se cubrió de tristeza.

—Déjeme acompañarlos... Los ayudaré en lo que pueda.

—No nos sirves... Regresa a tu casa.

Había que obedecer; y al volver sus pequeñas espaldas para emprender su regreso, soltó el llanto.

—¿No sabes que vamos a la guerra?... ¿No tienes miedo?

—Andando con ustedes no tengo miedo, señor— contestó entre lágrimas.

Esta ingenua contestación conquistó al oficial y a los marineros:

—¡Para pinche, mi teniente!... ¡Para mensajero a bordo!... exclamaron algunos.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Juan; pero me dicen el Gaviota.

El nombre no le venía mal. Parecía, en verdad, una gaviota: delgaducho, algo blanco, de ojillos vivos y azulejos, y tan liviano al correr que hacía la ilusión como de tener alas ocultas bajo los harapos.

Ya era demasiado tarde y aquel niño bien podía extraviarse en su camino de regreso al pueblo. La comisión duraría pocos días, y al final de aquel tiempo el Gaviota podría reunirse a su familia, pensó el oficial.

—Será necesario someterte a prueba —le dijo en broma—. Toma este rifle,

y si andas leguas sin caerte, te admitiremos como nuestro general en jefe.

El Gaviota se enjugó los ojos y se terció el rifle. El destacamento se puso en marcha.

—¡Apuntálate, Gaviota!... ¡Que te la gana el rifle, Gaviotita!... le gritaban los marineros.

No era de juguete el rifle y no pesaba lo que un palo de escoba. Así pensaba el infeliz Gaviota. A cada nueva advertencia, enderezaba su débil cuerpecito para volver a inclinarse, sintiéndose aplastado bajo el peso del arma. Se enderezaba desfallecido, hecho una compasión, con deseos incontenibles de llorar, pero sonriendo siempre.

Compadecido, el oficial hizo alto.

—¡Bravo, Gaviota!... Quedas reconocido como nuestro general en jefe...

El nuevo general quiso continuar con su rifle, pero se lo impidieron:

—Ya sabemos que eres hombre capaz de llevar cincuenta rifles si quisieras. Toma esta baqueta...

El Gaviota, muy orgulloso, se puso nuevamente a la cabeza de "sus tropas".

El reconocimiento duró poco tiempo. De regreso al pueblo, se le ordenó que se marchara a casa, lo que originó una nueva escena de llantos y de ruegos: quería ahora continuar hasta a bordo... Cuando se le preguntó por sus padres, dijo que era huérfano y que vivía con una señora. Se convino en llamarla.

—¡Tres días fuera de tu casa!... ¡Ya me las pagarás, sinvergüenza!... — fue la amenaza que le diera por saludo la "señora", mientras lloriqueaba Gaviotita.

Unos cuantos billetes decidieron su embarque.

¿Qué de especial tenía aquel rapazuelo que todo lo alegraba con su presencia?... Vestido de grumete y nombrado "mensajero", llevó la alegría hasta el último rincón del buque. Los rostros sombríos a causa de la ya larga campaña, desaparecieron. El Gaviota se conquistó a todos: de capitán a paje, incluso a los cocineros...

A proa, después de las faenas diarias, se reunían con sus acordeones los marineros.

—Gaviotita, canta...— Y cantaba a pulmón lleno.

—Gaviotita, baila...— Y bailaba que era un contento.

Llegaron a quererle como a un hijo... Cuando de él se hablaba, se impregnaban de ternura todos los ojos. Y era que aquel pilluelo, con su sana simpatía, había traído a bordo el vivificante sol de su inocencia y de su alegría, como también el recuerdo de los hogares distantes, en los cuales el hermano menor o el hijo pequeño, otros traviesos Gaviotas, recordarían en medio de sus juegos a sus lejanos ausentes...

Un día cayó enfermo. Callaron los acordeones y se vieron caras seriamente preocupadas... ¡Pobre Gaviota!...

En Pisagua nuestros buques desembarcaron sus tropas para tomar por asalto el puerto. En medio de un nutrido fuego avanzaban los botes. Muchas embarcaciones regresaban a bordo, repletas de heridos y en busca de refuerzos. El Gaviota, aturdidamente contemplaba aquel drama.

Entre los heridos llegó agonizante el oficial que un día lo recogiera en tierra. El niño se le acercó contristado.

—Gaviotita,— le dijo con sencillez el oficial— cuando seas grande no olvides cómo, en estas circunstancias, saben morir los hombres.

Fue una revelación para él. Súbitamente sintió que algo muy grande y noble se abría ante sus inocentes ojos. ¿Qué hacía él mientras sus amigos y protectores morían? ¿No era una ingratitud permanecer inactivo?

Subió a cubierta. Una embarcación se encontraba lista en el portalón para desembarcar nuevas tropas. Se escabulló y rápidamente se ocultó bajo una de las bancadas. Una vez lejos del buque salió de su escondite, lanzando al aire su gorrija.

—¡Hurra muchachos!... ¡Boguen fuerte!— gritó.

—¡Bravo, Gaviota!...— le contestaron los tripulantes. El bote se abalanzó

con mayores bríos hacia la fragorosa costa.

Muy pronto empezaron a ser blanco de los fuegos desde tierra. Silbaban las balas y hundíanse alrededor con crepitaciones de granizo.

El Gaviotita saltaba alegremente de bancada en bancada, animando a sus compañeros.

—¡Adelante!... ¡Ya llegamos!... ¡Bogar fuerte!...

Dos bogas soltaron sus remos y cayeron pesadamente. Un guardiamarina rodó en la camarilla de popa.

—¡Carguen!... ¡Carguen... que nos falta poco!...— animaba el Gaviotita, corriendo siempre de un lado a otro.

El fuego desde tierra arreciaba. Los disparos eran cada vez más certeros.

—¡Escóndete debajo de la borda!... —le gritó un oficial!

—¡Carga, muchachos!

—¡No te pares en las bancadas! ¡Bájate!

El Gaviotita estaba ensordecido.

—¡Viva Chile!— gritaba el pequeñuelo.

—¡Maldición!...— gritó de pronto el oficial— ¡Han muerto al Gaviota!

Había abierto en alto sus bracitos y, como un pajarillo herido, caído al fondo del bote.

A pesar del grave peligro en que se encontraban, los bogas se detuvieron instantáneamente. Veinte brazos se alzaron.

—¡Gaviota!... ¡Gaviotita!...— exclamaron angustiados.

El pobre niño, con sus ojitos azulejos, muy grandes y muy abiertos, parecía aún animar a sus amigos.

—¡Gaviota!... ¡Gaviotita!...

Un sollozo de padres a quienes les matan traidoramente a sus hijos, salió de todos.

—¡Nuestro niño!... ¡Nuestro Gaviotita! ¡Ah! ¡Cobardes!...

Los remos se arquearon vigorosamente, e impulsado por un incontenible deseo de venganza, el bote abordó la tierra.

Triunfamos. Al día siguiente se sepultó al Gaviota. Por curtidos rostros corrieron silenciosas lágrimas.

—¡Adiós, hijo! . . . ¡Adiós, alegría! . . . ¡Adiós, Gaviotita querido!

Cuando fue necesario abandonar su

sepultura, se escucharon broncos sollozos oprimidos.

Cuando en las tardes volvieron a sonar los acordeones, muchos miraban rabiosos a la tierra maldita que contenía el cuerpecito de aquella flor de alegría . . .

